

HACIA UNA CULTURA DEMOCRÁTICA GLOBAL

Autor: José Francisco Gómez Hinojosa¹ “Tomás Moro”

Hoy en día todo mundo habla de la democracia. Ésta aparece como el punto final de la transición esperada, la solución a los problemas políticos de la humanidad, o el estilo de vida que debe implantarse, inclusive, en las familias del próximo siglo.

La idea de la democracia se ha extendido por todo el mundo, aparejada con el actual fenómeno de la globalización, y la visión del mundo como una “aldea global”.

Aunque la caída del Muro de Berlín hace 10 años no significó, como se ha pretendido, el triunfo del capitalismo, sí manifestó el gran respeto que el mundo entero tiene por la democracia como sistema de gobierno. Su desdoblamiento como visión del mundo y forma cultural de existencia es todavía más apreciado. No obstante, no hay prácticamente un solo sistema económico, político o social en el mundo que no pretenda ser democrático.

Pero el valor democrático no puede reducirse al terreno de lo político, y ya incursiona en todas las esferas del tejido social. Se habla de democracia económica, educativa, ecológica y hasta eclesial, tratando de que esta democracia se convierta no sólo en una forma de gobierno o una metodología para organizar los procesos electorales, sino en toda una visión del mundo, un *ethos*, una práctica de vida, una cultura.

Es por esto, que el presente ensayo aborda la democracia como algo omniabarcante e influyente en todo el tejido social.

Por desgracia, la democracia –o el discurso sobre la democracia- la ha venido reduciendo a la actividad política, quitándole su intrínseca globalidad. Pero cada vez hay más propuestas integradoras.

Desde la ideología liberal, el concepto de democracia se limita al ámbito político, rechazando el que se extrapole a otros espacios sociales; en consecuencia, la democracia nada tendría que ir a buscar a las relaciones familiares, o en las labores, y, desde luego, más difícilmente la democracia tendría algo que ver con la educación.¹

Más allá de esta concepción liberal de la democracia, reductiva y restringida a lo político, va abriéndose paso una visión global de la misma; capaz de desplegarse, sí, en las intrincadas luchas del poder político, pero también en el ámbito laboral y financiero, en las relaciones entre los sexos al interior de la familia, en las instituciones y programas educativos, en las estructuras eclesiales, en las relaciones entre el ser humano y la naturaleza.

¹ El autor es originario de Monterrey, N. L.; Teólogo con doctorado en Filosofía en la Universidad de Roma Italia; actualmente es Párroco de San Alfonso María de Liguorio y Director Secretariado de Pastoral Social.

¹ C. PEREYRA, Sobre la democracia, Cal y Arena, México 1990, 85.

Lograr la transición a la democracia, aspiración de todo México, exige ampliar sus horizontes, adjetivarla, reconociéndola global e integradora, para impregnar con su espíritu la totalidad del tejido social.

Sin la pretensión de ofrecer una definición textual, baste decir que la democracia ha sido una experiencia histórica que tienen sus orígenes en la antigua Grecia, se manifiesta en proyectos estatales durante el Medioevo y cristaliza a partir de la revolución francesa y la independencia norteamericana. Llega a este siglo como una forma de gobierno y un ideal de convivencia social. La democracia -“el poder del o para el pueblo”- es también un fenómeno intelectual, una aspiración, una utopía, en el sentido etimológico de la palabra.

Gracias a la revolución francesa, la democracia se nos ha presentado como ese sistema de convivencia que pueda garantizar tres valores para todos los seres humanos: la fraternidad, la igualdad y la libertad. La aplicación concreta de esos tres valores ha hecho que la democracia adquiera distintos significativos a lo largo de las experiencias históricas y que, con frecuencia, pierda su significado originante.

Para captar el significado completo de la democracia como proceso global en todo tipo de relaciones humanas es necesario distinguir entre la democracia “formal” y la democracia “sustancial”. La democracia “formal”, que se refiere a los métodos y los medios, no es suficiente para garantizar una convivencia armónica en la que exista igualdad, económica y social para todos –ideal de la democracia “sustancial”-; pues si se descuida la justicia social, de poco o nada sirven los aspectos formales y la participación electoral.

La democracia, para que sea efectiva, debe ser un proceso global que abarque todas las dimensiones sociales y produzca en la vida cotidiana de las personas una igualdad de derechos y obligaciones, y una justa y responsable participación de los bienes humanos. Así pues, la democracia es un proceso que engloba todas las esferas sociales y no se limita únicamente a lo político.

Al examinar los avances de los últimos años en la vida democrática de México, se descubre un actor que ha jugado un importante papel en el impulso de la cultura democrática omniabarcante: las y los ciudadanos organizados. Los cambios democráticos en toda sociedad no han sido ni son una dádiva de élites poderosas, ni graciosas concesiones de las autoridades, sino el resultado de largas historias de lucha, con avances y retrocesos, donde el actor colectivo es el protagonista, a veces con plena conciencia de su papel, a veces no tanto.

La llamada sociedad civil mexicana es un actor político que desde hace años ha empujado a su manera para que exista mayor apertura, pluralismo y tolerancia en la vida política, social y cultural.*

Se trata de un nuevo sujeto que muchas veces se sale de los esquemas y de las instituciones tradicionales (llámese gobierno, partidos, cámaras, iglesias, empresas, personalidades reconocidas), y por eso, en ocasiones los medios de comunicación y los analistas no saben o no atinan cómo ubicarlo, cómo evaluar sus acciones, y optan por ignorarlo o minimizarlo.

Sin embargo, aunque la sociedad civil sea para muchos un actor invisible, afortunadamente su actuación no puede ser borrada tan fácilmente.

La democracia, para que sea efectiva, debe ser un proceso global que abarque todas las dimensiones de la vida social y sus instituciones, y produzca en la vida cotidiana de las personas una igualdad de derechos y obligaciones, y una justa y responsable participación de los bienes humanos.²

A continuación, presentó siete propuestas que pretenden ayudar a la construcción de una "cultura democrática".

1.- La democracia no es solo un fenómeno político o una forma de gobierno, sino también un criterio de organización interna y –debe ser– una cultura.

La democracia va más allá de las elecciones, y puede englobar las diferentes dimensiones de la persona y la comunidad, en la medida en que incluya amplias consultas a todos los implicados, decisiones basadas en la opinión de las mayorías, y vigilancia para el cumplimiento efectivo de tales decisiones. Más que de una democracia formal, en la que estaríamos hablando de procesos electorales y formas de gobierno, se trataría de un democracia sustancial, compuesta por "ciertos contenidos inspirados en ideales característicos de la tradición del pensamiento democrático".³

Así las cosas, no sólo la vida política puede ser regulada por los principios democráticos, sino que también las esferas económica –democracia empresarial, por ejemplo,– la familiar, educativa y hasta religiosa, pueden y deben ser influidas por tales criterios democráticos. Lograr que la democracia pueda permear todas las actividades de la persona y la comunidad sería construir una cultura, una forma de ver el mundo, de plantearse frente a él. Esta visión global de la democracia es lo que llamo la "cultura democrática".

2.- La cultura democrática reconoce el carácter permanente de la política y abarca las distintas formas de participación en este campo.

Sin duda, la democracia aplicada al terreno de la política es la más conocida. Por esta expresión se entiende un régimen en el que el pueblo participa en la vida política a través de la elección de sus propios representantes, utilizando como método el voto –sufragio universal–, que debe ser libre y secreto.

Sin embargo, el gran despliegue de los procesos electorales en el mundo entero puede convertirse en una sombra para la democracia. Porque fomenta el concebir la actividad política como algo meramente electoral, y al ciudadano, como persona-política solo el día de las elecciones.

² 2 Cf. A. RODRIGUEZ FUENTES, "Los trabajadores mexicanos exigen democracia: electoral y política, económica y social, laboral y sindical", en Trabajo y democracia hoy, No. 40, 1997, 27-29.

³ 3 Norberto BOBBIO-Nicola MATTEUCCI-Gianfranco PASQUINO. Diccionario de política, Siglo XXI, México, 1983, 441-453. Aunque, como diría Enrique Krauze, lo ideal sería despojar de adjetivos al sustantivo democracia, y aplicar tal cual es. Por su parte, Carlos DÍAZ menciona las siguientes características de la democracia. Autonomía, autoorganización, control, responsabilidad, conocimiento, transparencia, permanencia, cogobierno y plebiscitos constantes, en Vocabulario de formación social, EDIM, Valencia 1995, 104-106.

La democracia política no puede reducirse solo a aspectos formales y representativos. Es necesario que integre también en su funcionamiento manifestaciones participativas y pluralistas.

Hay muchos retos, trabajos, manifestaciones, afanes que la ciudadanía debe realizar con la misma motivación e igual tesón con que se asiste a votar. El ser humano no es nada más un “homo elector”, de domingos ciudadanos y comiciales, sino un “homo políticus”. Sólo una política permanente es garantía de democracia política.

Para que la democracia mexicana pueda responder a los retos que la realidad plantea en la actualidad, necesita no sólo ser formal y representativa, sino sustancial, participativa, emancipatoria.

Cualquier tipo de participación política debe ser crítica, propositiva y responsable, en el sentido de plantear propuestas viables y realizables. Necesitamos hacer operativas nuestras propuestas, insertarnos en su cumplimiento, llevarlas hasta el final.

La participación política, entendida ya como búsqueda del bien común, ya como militancia partidista, tiene que ser solidaria, generosa, altruista; preocupada no por satisfacer intereses personales, sino por contribuir al mejoramiento de las condiciones sociales de la comunidad. Una solidaridad atenta, en primer lugar, a los más necesitados.

Las organizaciones ciudadanas (conocidas también como “organizaciones no gubernamentales”) juegan un papel fundamental a la hora de ser posible el carácter permanente de la participación política. Ellas, a diferencia de los partidos políticos, están más en contacto con las demandas de la población, y tienen más posibilidades de hallar soluciones. Además, se convierten en escuelas de barrio en donde la ciudadanía se ejercita en la práctica de la democracia.

Es preciso, sin embargo, que las ONGs superen el carácter inmediatista que muchas veces tienen, y que les impide tener una alineación más integral de su actividad y misión.

En la medida en que se da la participación política a estos actores emergentes, sólo si el poder se consigue no como monopolio sino como participación, la democracia política podrá ser tal, e ir más allá del día de las elecciones.

De hecho, ya vemos que los ciudadanos y las ciudadanas interesados en mantener vivo su espíritu político y democrático crean comités de acción política que da seguimiento a los procesos electorales, de modo que la práctica política no se agote con la emisión del voto libre y secreto. Estos comités se hacen cargo de vigilar el cumplimiento de las promesas hechas en campaña por los candidatos, colaboran con los gobernantes en aquellas tareas de asistencia, promoción y transformación social, en las que se puede encontrar coincidencia.

¿ Por qué insistir en la sociedad civil y en ubicar en ella el origen de muchas de las demandas y propuestas en torno a la democratización? Para no olvidar que lo que se busca es crear condiciones que posibiliten a las mayorías vivir con dignidad.

No se trata nada más de que haya procesos electorales limpios, de que todo mundo vote y se respete la legalidad. Esto es muy importante, pero la meta no se agota allí. El origen de las demandas de la sociedad civil organizada, incluso de las de carácter político-electoral, es la situación de pobreza que violenta gravemente los derechos humanos en que viven millones de mexicanos; por lo que la

meta es lograr cambios en la política, la economía, la cultura, en el sentido de una mayor justicia, respeto a la pluralidad, y paz con dignidad.

Ya lo dijimos, las elecciones no lo son todo en la democracia. Pero sí son momentos culminantes en los que los ciudadanos pueden, si quieren, definir un nuevo rumbo para un país eligiendo a unos candidatos y no a otros. Es por eso que se insiste en que es urgente la educación cívica, la equidad y honestidad de los medios a la hora de informar, la legalidad en la competencia electoral. Esto requiere participación política permanente.

Sin embargo, no se arriba automáticamente a la democracia después de unas votaciones. La democracia es un proceso continuo que abarca toda la vida social y requiere la participación amplia y mayoritaria de mujeres y hombres. Se puede avanzar mucho y, sin embargo, nunca se termina de llegar. Quien se detiene o se retira a descansar creyendo haber alcanzado plenamente la democracia, en realidad retrocede.

Las votaciones pasan, los partidos ganan puestos de poder, pero sigue la vida cotidiana –y la política sigue también– donde se requiere la presencia de ciudadanos y ciudadanas conscientes y activos, buscando mecanismos para que los gobernantes no olviden al pueblo que representan.

3. concebir la democracia como algo meramente electoral, o sólo como un sistema de gobierno, puede justificar actitudes autoritarias en otros ámbitos de la vida social.

Así como la participación política no se agota en el evento electoral, sino que debe ser permanente, así también la democracia no se reduce al fenómeno político, sino que abarca la totalidad de la vida.

Estamos ante una cultura omniabarcante, una actitud determinada que favorece el diálogo, la tolerancia y el respeto a lo diverso, la inclusión y no la exclusión, una visión del mundo en la que todos cabemos: una economía, una cultura, una educación, unas iglesias y unas familias en las que no hay excluidos.

La crisis económica y financiera que en el último año ha estremecido tanto a la antigua Unión Soviética, como a Japón y Brasil, y en México el asunto del FOBAPROA, el problema de los deudores de la banca, y los casos de corrupción en no pocos bancos privatizados, confirman que la democracia no se reduce al ámbito de la vida política formal ni a cambios drásticos y verticales en materia económica. No se refiere solamente a sistemas de gobierno, disputas entre partidos políticos, o la instauración de la economía de mercado donde antes reinaba la planificada. También en el terreno de la economía, de la producción y distribución de bienes materiales, debe implantarse esta cultura democrática.

Democratizar la empresa, por ejemplo, significará no sólo ser honestos en el reparto de las utilidades y beneficios, sino fomentar la participación en la planeación y programación laborales, en los criterios para la selección del personal, erradicando discriminaciones y abusos, en las estrategias de producción y fomento del consumo.

Una visión democrática de la economía necesita, por ejemplo, una consulta popular nacional sobre los destinos económicos del país, que motive el debate abierto los reclamos de un pueblo que se

niega a sacrificarse eternamente en áreas de bajar la inflación, mientras que se sigue consintiendo a los poderosos.

Democratizar la actividad económica de una sociedad significará considerar al ser humano no solo como un consumidor, sino también y principalmente como un productor de bienes materiales y espirituales, un distribuidor de los mismos de acuerdo a criterios de equidad y justicia. Democratizar la economía de una sociedad, no lo olvidemos, es democratizar su vida.

Otro ámbito en el que la democracia no es muy conocida es el de la familia. A la estructura tradicional basada en la autoridad de los padres, o en la proveeduría económica –que puede recaer en el padre, la madre o uno de los hijos mayores-, hay que agregar la cultura –patriarcal o matriarcal, habría que definirlo-, favorecedora del machismo y otras lacras sociales, que tiende a desprestigiar la consulta y la toma de decisiones comunitarias.

Sin embargo, hay que destacar que ya existen experiencias de familias preocupadas por lograr una verdadera democracia interior, que convierta a ese núcleo en fundamento del tejido social, fortaleza de la niñez y juventud, paradigma de la transmisión de valores, escuela de democracia.⁴

Y es que es en la familia en donde se aprende a ser tolerante, a dialogar escuchando más de lo que se habla, a preocuparnos por los problemas de los demás, a aceptar opiniones diferentes a las propias, a ser solidarios y altruistas, pero, sobre todo, a participar en la construcción de un mundo que va más allá de la propia familia y del que todos somos responsables.

Si la democracia no comienza por la familia, no podrá vivirse en los demás terrenos de la vida social. De ahí su importancia y su urgencia.

Otro ámbito en el que está prácticamente ausente la realidad democrática es la escuela. Los programas educativos, las metodologías pedagógicas, los puestos de directores y maestros, etc., se deciden en una secretaría de educación o en las oficinas de los sindicatos magisteriales.

Una democracia educativa tendrá que consensar con todos sus actores -directores, profesores, empleados, padres y madres de familia, etc.- los programas y metodologías a seguir.

Por otra parte, la construcción de la democracia supone una constante educación de las ciudadanas y ciudadanos. Esta educación requiere, más que una enseñanza teórica, unas experiencias prácticas.

⁴ El Año Internacional de la familia, organizado por la ONU en 1994, la definió como

La cultura democrática sólo puede ser fruto de una actitud interior de las personas, que las lleve a valorar, a buscar con desempeño y a considerar una tarea constante el ejercicio de la libertad y la justicia. Por eso, la educación específica para la democracia debe ser una tarea permanente en todas las personas y grupos sociales, y debe darse en todos los ámbitos y estructuras en que viven las personas y tejen sus redes y relaciones.

4. El respeto a la mujer es una exigencia fundamental para la construcción de la cultura democrática.

Si la época contemporánea se distingue por algún fenómeno peculiar, éste es la emergencia de la mujer como sujeto social, En las esferas económica, política y cultural de la sociedad, en el mundo de los negocios, los deportes y las artes, la mujer es cada vez más protagonista y menos comparsa. Su participación activa va en aumento, y hasta la misma estructura familiar debe acostumbrarse a este nuevo rol femenino.

No obstante el avance que, en todos los órdenes, ha presentado la participación de la mujer, su presencia sigue siendo poco significativa en aquellos espacios de poder en donde ella forma una mayoría. La familia, la escuela, las iglesias, etc., instituciones en donde la presencia femenina ha sido siempre de gran importancia, no incorporan todavía a la mujer a sus órganos decisivos, no la consideran todavía como ser-sujeto.

Una cultura democrática debería, entre otras cosas, favorecer una participación más activa en las estructuras sociales y sus órganos de decisión; esto significaría reconocer la dignidad que ellas tienen y aprovechar el decisivo aporte que pueden otorgar el dinamismo social, potenciando las cualidades específicas de lo femenino, y brindándoles un lugar que merecen y que están dispuestas a tomar.

5. Ampliar el abanico de la consulta en la toma de decisiones ayudaría a fomentar la cultura democrática.

Ha habido una mejora de los procedimientos para elegir a autoridades, en lo político, pero en muchos otros asuntos y en distintos ámbitos de la vida todavía la toma de opiniones para decidir un asunto se lleva a cabo en pequeños círculos, y no siempre están ahí los actores más representativos.

Es preciso ampliar el abanico de la consulta, no sólo en cuanto a los sujetos consultados que debería ser la mayoría o una selección de ellos verdaderamente representativa-, sino en los mismos contenidos temáticos.

Hay que recordar que aparentar democracia es peor que negarla.

6. La democracia es, a la vez, integral e integradora de las distintas esferas de la vida. Ya hemos visto que la democracia no se reduce al ámbito de la política, sino que puede y debe

influir también en la economía, la familia, la educación, la ecología, las iglesias y los medios de comunicación social. Sin embargo, en una cultura democrática estas dimensiones no están yuxtapuestas, sino que deben integrarse en un todo armónico.

Es decir, la democracia no sólo interviene en cada una de las esferas de la vida social, sino que las integra, de modo que, por ejemplo, no se puede ser democrático en el terreno político y ser un déspota al interior de la familia. no es posible proponer la democracia en el ámbito económico, y negarla en las escuelas o en los medios de comunicación social.

Los sujetos que construyen una cultura democrática no pueden vivir fragmentados en las diversas esferas de su vida. Todas las dimensiones de la vida humana, aunque distintas, no pueden separarse entre sí, porque forman parte de la vida de la misma persona, de modo que cada una de ellas está relacionada con las demás.

Ninguna esfera de la realidad posee una absoluta autonomía en relación con las demás, por lo que un cambio significativo en alguna de ellas repercute por fuerza en las demás.

La auténtica cultura democrática implica, por tanto, un cambio en el tejido institucional, es decir un nuevo tipo de convivencia socio-política, que implica a sujetos e instituciones.

Sin embargo, la mayoría de las instituciones sociales –partidos políticos, universidades, empresas, ejército, etc.-, no disfrutan de una gran confianza entre la población. Esto pide el nacimiento y el desarrollo de los nuevos valores que sean el marco de referencia de un nuevo proyecto de sociedad.

7. La cultura democrática necesita de sujetos que la hagan posible. ⁵

El movimiento democrático ha avanzado en el mundo desde abajo. No se trata, entonces, de lograr la cultura democrática gracias a un designio o decreto de las autoridades competentes.

Esta cultura iniciaría en la medida que la comunidad toda, gracias a un aporte fecundo y creativo, propicie actitudes de diálogo y tolerancia, de inclusión y apertura a lo diverso.

Estaríamos ante una democracia global e integradora, en cuanto omniabarcante y capaz de alargar la categoría de sujeto a todas las personas de la sociedad. Una familia democrática, una empresa democrática, estarían integradas, forzosamente, por sujetos que se relacionan con otros sujetos.

En la democracia, los sujetos pasan del individualismo posesivo, hacia una comprensión de las personas como seres que ejercitan sus propias capacidades y gozan con su ejercicio y su desarrollo. ⁶

⁵ C.f R. MALIANDI, “Hacia un concepto integral de democracia”, en K. O. APEL-A. CORTINA-J. DE ZAN-D. MICHELINI (eds.), *Ética comunicativa y democracia*, Crítica, Barcelona 1991, 257-296.

Concebir al otro como sujeto, capaz de interpelar, de tomar decisiones diversas a las mías, de enseñar y no sólo de aprender, de proponer, de ser un interlocutor válido para el necesario diálogo, significa construir la cultura de la democracia, porque favorece la participación de todos como sujetos, no más como objetos.

El sujeto es activo, sale al encuentro del otro, toma la iniciativa con su dinamismo. En cambio, el objeto permanece estático en espera de ser encontrado, de ser conquistado, como la novia de pueblo que aguarda paciente a que el galán ciudadano la corteje, la conquiste y la lleve consigo.

El esquema de relación sujeto-objeto ha traído terribles implicaciones en la vida política. El Estado, los gobiernos, los partidos y quizá hasta no pocas ONGs, se plantan frente a la ciudadanía como los sujetos capaces de convencer, de conducir, de ilusionar a los pobres objetos que deben estar siempre al pendiente de sus decisiones y proyectos. Efectos similares pueden verse en la concepción bancaria de la educación, o en relaciones afectivas en las que predomina el machismo.

De aquí la importancia de la vida cotidiana para la construcción de sujetos sociales capaces de generar una cultura democrática. Lo cotidiano es el laboratorio donde podemos experimentar y vivir nuevos valores, nuevas actitudes, nuevos comportamientos. Es en la vida diaria donde se reconstruye una nueva definición de nuestra propia vida, tanto a nivel personal como a nivel social. Es en este escenario de lo cotidiano donde germina la democracia.

En una sociedad permeada por la cultura democrática encontraríamos a sujetos capaces de construir su destino, haciendo valer sus derechos y tratando de cumplir sus deberes sociales.

Aparentemente, resulta más cómodo y menos riesgoso permanecer en la no participación y en el inmovilismo. Hay toda una cultura que avala el silencio del sujeto convertido en ser-objeto ("en boca cerrada no entran moscas"), y que le invita a no salir de la pasividad. Esta comodidad es aparente, porque a la larga lleva a tener que soportar las decisiones tomadas por otros sin tomar en cuenta las necesidades de todos.

En este punto los organismo civiles –aunque hay que reconocer que no todos- se han convertido en espacios en donde hombres y mujeres comunes se autoconstituyen como sujetos que participan de modo dinámico y creativo en el desarrollo social; a diferencia de otras instituciones tradicionales donde la burocracia no permite reconocer a las personas, porque el peso de una tradición autoritaria impide escuchar nuevas voces.

En el ámbito político, el régimen democrático tiene como fuente original y originante la soberanía del pueblo, que reside precisa y exclusivamente en el pueblo, no en los partidos ni en ninguno de los tres poderes fundamentales, ni mucho menos en los mandatarios y representantes. De ahí la importancia de que la categoría de "pueblo" no quede diluida en una masa de gente desinformada, que las más de las veces adopta la postura de objeto y no de sujeto colectivo protagonista y responsable de su destino.

⁶ V.D. GARCIA MARZÁ, *Teoría de la democracia*, NAU libres, Valencia 1993, 129. CF también A TOURAINR, *¿qué es la democracia?*, Fondo de Cultura de Argentina, Buenos Aires, 1995, 182-186.

Es por esto que una tarea indispensable es la construcción de sujetos sociales, es decir, que recuperemos nuestra capacidad de decisión y actuación en la vida social, superar nuestra secular subordinación y pasividad, remontar la indiferencia, y ser artífices en la construcción de nuestra historia.

La construcción del sujeto democrático, y por ende de la cultura democrática, necesita de ciertos valores que lo respalden, enuncio los siguientes: humanismo, participación, libertad, igualdad, fraternidad. Como puede verse, la implementación de estos valores puede realizarse en todas las esferas de la dinámica social, y no sólo en las elecciones o en el ámbito político.

Así, la transición a la democracia será un proceso dinámico, que considera a la democracia no como un puerto por alcanzar, reducto de tranquilidad y norma de felicidad social, sino como una barca con ese nombre, que debe sortear toda serie de obstáculos tempestades.⁷

⁷ Es la tesis de R: MALIANDI, hacia un concepto integral de democracia...,cit., 285.

